

La idea de que iba a saber pormenores interesantes de sus queridos padres, ocupaba su imaginación recreándola dulcemente.

El doctor, a su vez, se daba el parabién de aquel inesperado encuentro.

En su pecho volvió a encenderse la impura pasión que le impelió a arrebatársela del lado de sus padres.

Pensó que, abandonada, sola y sin recursos, no podría resistir al plan de seducción que formó en su mente.

Contento con este pensamiento y recreándose con la idea de un próximo triunfo, marchaba, cuando se encontró con Duval, que venía a su encuentro, demostrando en su rostro el enojo y la desesperación.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó el doctor al verlo de aquella manera.

—Que todo se ha frustrado.

—¿Cómo!

—El oficial que condujo a los soldados se ha marchado como un niño; se ha dejado engañar por un acta falsa, y Leopoldo, Núñez y demás conjurados están libres.

—Pero ¿de qué medios se han valido?

—¡Estoy desesperado! Entremos en el coche, y en el camino le contaré a usted lo que ha pasado.

Los dos malvados se dirigieron a donde el carruaje los esperaba, subieron a él, y poco después caminaban hacia la capital.

En el mismo instante en que ellos partían, salía también el coche en que marchaban doña Anita y Cruz.

Soledad los vió pasar; los saludó tristemente, y continuó su camino a pie, en medio de una espesa nube de polvo que levantaban los carruajes, los caballos y el inmenso gentío que volvía de la fiesta.

CAPITULO XIII

Constancia en el mal

—Vamos perdiendo terreno, doctor—decía Duval, paseándose a largos pasos por su cuarto.

—Demasiado lo veo—contestó Willey, que permanecía sentado y con la frente apoyada en la mano izquierda.

—Ese Núñez, ése, en un tiempo miserable mendigo, a quien Dios confunda, va adquiriendo una influencia pode-

rosa en el corazón de don Emilio, mientras yo voy perdiendo la que ejercí hasta la aparición de ese maldito cuaderno.

—Por fortuna que hasta ahora hemos conseguido hacerle sospechar que cuanto se dice en ese cuaderno puede ser una invención de los amigos de Leopoldo, para que éste alcance la mano de Clotilde.

—Sí; pero en el instante que se convenza de su autenticidad, lo cual será muy pronto si no logramos que las visitas de Núñez a don Emilio sean menos frecuentes, mi desgracia es segura, porque Clotilde será la esposa de Leopoldo.

—¿Y cómo se evita lo primero?

—Insistiendo usted, como ya le he dicho, en que Clotilde no puede sanar si no se la lleva a Texcoco a cambiar de aires.

—No hay día que no manifieste a don Emilio la necesidad de esta medida.

—Así, Núñez, que es hombre ocupado, no podrá abandonar la ciudad, y yo, que no me separaré del señor Landeta, volveré a ganar en su corazón la influencia que he perdido.

—Volveré, pues, a insistir; y, si es preciso, manifestaré que estoy dispuesto a abandonar la curación para que llamen a otro médico, puesto que no se cree conveniente lo que yo ordeno.

—Eso; entonces, don Emilio, que tiene a usted por un gran médico, no permitirá que usted se retire, y hará de modo que Clotilde salga de esta ciudad.

—¿Y si Núñez tiene el capricho de pasar esa temporada en Texcoco?

—Imposible; es hombre ocupado, y, además, no puede abandonar a Leopoldo, a quien, por fortuna no se le da permiso de visitar a Clotilde, hasta no saber que es cierto cuanto el cuaderno contiene.

—Pues a pesar de sus ocupaciones, ese Núñez es el diablo, y es capaz de estar a un mismo tiempo en México, acompañando a su amigo, y en Texcoco, persuadiendo a don Emilio.

—No lo crea usted.

—Yo todo lo creo de él. Y si no, ¿podíamos pensar jamás, que, cuando la fuerza armada caía sobre él y sobre los conspiradores en la Villa de Guadalupe, lograrse del gobierno, en vez del fusilamiento o destierro que merecían,

las consideraciones y la mención honorífica hecha en el «Diario del Gobierno»?

—Ciertamente que no.

—El oficial sorprendió a los conjurados, se apoderó del documento firmado, y aquel documento, que estoy persuadido, era el acta levantada para derrocar al gobierno, se convierte en una representación patriótica en que le pedían, los que allí se habían reunido, se les emplease como simples soldados en el ejército que se halla en San Luis dispuesto a combatir con los norteamericanos. ¿Cómo se efectuó esta transformación? Lo ignoro.

—Yo me la explico juzgando al oficial un insensato que tomó un documento que tenía preparado en caso de ser sorprendidos, en vez de apoderarse de la verdadera acta de pronunciamiento.

—Puede ser muy bien; o que se dejó sobornar por alguna gruesa cantidad de onzas que pondrían en sus manos.

—De cualquiera manera, el hecho está explicado, sin que haya en él nada de extraordinario.

—Ciertamente.

—Pero en Texcoco estaré yo; y si, como no espero, se resuelve a hacer algunas visitas, serán tan infructuosas que pronto se desesperará de sus inútiles pasos.

—Pues yo hablaré a don Emilio y le diré la necesidad que hay de que Clotilde salga de la ciudad si se quiere que recobre la salud.

—Sí; no descuide usted de pintarle el peligro que corre la vida de la joven si permanece por más tiempo en México.

—Pierda usted cuidado —dijo el doctor levantándose y cogiendo su sombrero—; no perdonaré medio para conseguirlo.

—¡Oh! Entonces se lo deberé a usted todo.

—Adiós, señor Duval.

—Adiós, señor Willey.

Y Duval quedó halagado con la esperanza de arrancar a Clotilde fuera de la capital, mientras el doctor se dirigía a casa de don Emilio.

CAPITULO XIV

La carta

Detrás de la parroquia de la Santa Veracruz, y a un lado de la plazuela de Juan Carbonero, se encuentra el callejón

de Recabados, de aspecto lúgubre, cuyas miserables casas, compuestas en su mayor parte de oscuro adobe, revelan la pobreza de los que en ellas viven.

Poco después de haber penetrado en este callejón que conduce a otros más miserables e inmundos, se ve a la izquierda una pequeña casucha sin número, de carcomidas paredes, cuya débil y estrecha puerta da entrada a un húmedo patio, con algunos cuartos mal envidados, de negras paredes y bajos techos amenazando ruina.

No se ve en ellos más muebles que un sucio petate, enrollado y arrimado a un rincón, que suele servir de cama, un metate en que muelen el maíz para hacer tortillas, un comal en que las calientan y un pucherito en que cuecen su escasa y mala comida.

Pero si en ellos no se ven objetos agradables, en cambio se encuentran niños y muchachos sucios, asquerosos, casi desnudos, flacos, macilentos, que, sentados en el suelo, echados sobre un carcomido petate o jugando en el patio, incomodan con sus gritos a los vecinos.

Entre estos miserables cuartos se veía uno blanqueado, limpio, sin objetos repugnantes, provisto de algunas sillas, con una cama decente, una mesita de pino con un espejo, un lavamanos y una aseada hornilla, todo con gracia y convenientemente colocado.

En este cuarto no había más que una joven que se ocupaba en aquel instante en trazar sobre un papel algunos caracteres.

Era Soledad.

Estaba hermosa como en los días de prosperidad en que la conocimos, aunque en su fisonomía se veían impresos ahora el dolor y la melancolía.

Pero aquel tinte de tristeza que velaba su angélico semblante, lejos de rebajar en nada su belleza, la bañaba de una luz tan suave y vagarosa, tan mística y espiritual, que no se podía mirarla sin sentirse conmovido dulcemente, sin experimentar un sentimiento de cariño y de compasión indefinibles.

La blanca mano en que sostenía la pluma se detenía con frecuencia para poder secarse las lágrimas que rodaban de sus bellos ojos, arrancadas por los recuerdos que despertaba en su sensible alma el asunto que confiaba al papel.

¡Pobre Soledad! ¡Cuánto ha cambiado su posición! En vez de la pieza oval que formaba su exquisito tocador en casa de Flan, adornada con ricos espejos, de lujosos libros, de